

ALCAHISME

FANTASÍAS.



Tan hermosa y sonriendo
de ese modo tan atroz
parece que está diciendo
¿Quien quiere polvos de arroz?

TIPOS ARTÍSTICOS, POR REYU.

EN VAGON. (1)

El P. Gomez partió el viernes; y á los tres días, el domingo por la mañana, ya estaba en la estación de... dispuesto á regresar con los tres pequeños en el expres de las ocho.

Se paseaba por los andenes, seguido de los chicos como una gallina con sus polluelos, buscando un compartimento vacío, ú ocupado al menos por personas respetables.

Precisamente no le había encargado otra cosa la Baronesa:—¡Por Dios, mucho cuidado! Mire V. que en este tiempo viajan por esa línea muchas mujeres de esas, y yo he presenciado ya en el mismo vagón en que vine el año pasado, un verdadero escándalo! Ya vé V. que no lleva otro objeto al ir á traer del colegio á mi hijo y los de mi prima, que evitar que en el camino vinieran ellos sin que los acompañara una persona como V. pudieran ver algo que les abriera los ojos, estando como están en una edad tan peligrosa!...

Al fin vió delante de una portezuela á un anciano y a una señora de respetable porte que hablaban con una señorita instalada dentro del vagón.

¡Gracias á Dios! pensó el sacerdote. Y subió al coche después de colocar en él á sus tres educandos.

La anciana susodicha siguió su conversación con la viajera diciéndola:

—Sobre todo cuidate mucho hija mía.

La joven respondió: Sí, sí, mamá no tengas cuidado. —Bien; y llama al médico en cuanto sientas la menor indisposición ¿eh?

—Sí, sí, mamá.

—Adios hija mía, adios.

—Adios mamá.

Hubo una larga tanda de abrazos, despues un empleado cerró las portezuelas y el tren se puso en marcha.

Estaban solos. El sacerdote muy contento se felicitaba por su acierto al elegir vagón y se puso á charlar con los muchachos que le habían sido confiados.

Alberto, (el hijo de la Baronesa) era el mayorcito de los tres: tendria escasamente 12 años; era uno de esos colegiales altos, pálidos, flacuchos y desarrollados antes de tiempo. Hablaba despacio y con mucha ingenuidad. Manolo, por el contrario, era pequeñito rechoncho y de un caracter maligno y solapado. Se burlaba siempre de todo el mundo y tenía frases de hombre y réplicas de doble sentido que disgustaban á sus padres. Y el más joven Antonio, no demostraba aptitud para nada. Era buen muchacho, algo imbécil, que se parecía mucho á su padre, sobre todo en esto último.

El sacerdote les había prevenido que estarían bajo su autoridad durante los dos meses del estío. Con este pretexto les pronunció un pequeño sermón sobre sus deberes para con él y sobre el método de educación que pensaba usar con ellos. Su discurso fué interrumpido por un suspiro muy profundo que lanzó su compañera de viaje. Volvió la cabeza hacia ella y vió que permanecía sentada en un extremo, con la mirada fija y las mejillas algo pálidas. Reanudó su discurso sobre la educación, y entretanto rodaba el tren á toda velocidad, atravesando bosques y llanuras, y haciendo trepidar los puentes de hierro, que cruzaba en pocos segundos.

Manolo interrogaba á cada instante al P. Gomez sobre el sitio que su familia había elegido para la esta-

ción veraniega y sobre las diversiones propias de aquel país. —¿Habrá un río? ¿Se podrá pescar? ¿Habrá un caballo como el del año pasado?...

La joven lanzó de pronto un grito, un «¡ah!» de sufrimiento mal reprimido. El sacerdote, inquieto, la preguntó:

—¿Os sentís indispuesta, señora?

—No, no, padre, no es nada; un ligero dolor, no es nada. Estoy delicada y el movimiento del tren me fatiga.

Su rostro estaba pálido en efecto, y el padre al notarlo insistió.

—Si yo pudiese hacer algo por vos, señora...

—¡Oh no, nada, padre. Os agradezco mucho vuestro interés hacia mí.

El sacerdote siguió su conversación con sus alumnos preparándoles á la enseñanza que iban á recibir en aquellos dos meses, y el tren se detenía unos minutos de rato en rato para emprender con más velocidad enseguida su vertiginosa carrera.

Llegó un momento en que la joven parecía dormir porque no se movía, arrellenada en su rincón. Ni hacia propósito de comer ni había comido nada en todo el día aunque eran ya las tres de la tarde. El cura pensando en esto, decía para sus adentros: esta señora debe de ir enferma. No quedaban más que dos horas de camino para llegar al término del viaje, cuando la viajera empezó á gemir. Se había dejado caer de su asiento, y apoyada en sus dos manos, con los ojos muy abiertos y las facciones desencajadas decía: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El P. Gomez se levantó exclamando: Señora... señora... ¿qué teneis?

Ella tartamudeó entonces: Creo... creo... ¡que voy á dar á luz!

Y empezó á gritar de una manera espantosa, lanzando quejidos que parecían desgarrar su garganta, y cuya entonación demostraba la angustia de su alma y las torturas de su cuerpo. El pobre preceptor, aturdido y de pié ante ella, no sabía que hacer ni que decir, y rojo como una guinda murmuraba con resignación:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡si yo hubiera sabido esto!

Sus tres alumnos miraban con estufacción y con curiosidad á la señora, que seguía dando alaridos en el suelo del coche. De pronto se retorció, levantando los brazos sobre su cabeza, y su cuerpo experimentó una sacudida extraña, una especie de convulsión que hizo temer su muerte al sacerdote. ¡Iba á morir delante de ellos, falta de cuidados y de socorros si él no los prestaba! entonces dijo con voz resuelta:

—¡Voy á ayudaros, señora! ¡No sé cómo... pero os ayudaré como pueda! Yo debo socorrer y asistir siempre á toda criatura que sufre.

Después, volviéndose hacia los tres educandos les gritó:

—¡Vosotros niños, poneos á las ventanillas, y si alguno vuelve la cabeza me copiará mil versos de Virgilio!

El mismo, bajó los cristales, colocó á los tres, recogiendo sobre sus cuellos las cortinillas azules y repitió:

—Si haceis un simple movimiento, os castigaré con la total privación de excursiones campestres durante el verano. Y no olvideis que yo no perdono jamás.

Enseguida volvió hacia la joven, recogiendo las mangas de la sotana para obrar fácilmente.

El pobre cura, mientras ella seguía gimiendo, la asistía ruborizadísimo, la animaba sin cesar y volvía los ojos hacia los tres mocitos, que deslizaban de cuando en cuando algunas miradas furtivas.

(1) Este cuento, recientemente publicado en Pasis, ha sido traducido y arreglado con permiso especial de su autor, por uno de nuestros redactores. —N. de la R.

—¡Alberto: me copiará V. veinte veces el verbo *desobedecer*!

—Antonio: ¡sin postre por espacio de un mes!

En esto la joven cesó de lanzar ayes y quejas, y al mismo tiempo un grito chillón y ligero que parecía un maullido, hizo volver la cabeza á los tres colegiales, persuadidos de que acababan de oír á un perrillo recién nacido. El sacerdote tenía entre sus manos un niño desnudo y le contemplaba con ojos asustados.

Aquella noche comían juntas las dos familias, para festejar la llegada de los colegiales. Pero se hablaba poco; los papás, las mamás y aun los niños parecían estar preocupados. De pronto, Antonio que como sabemos era el más joven de ellos, preguntó:

—Di, mamá, ¿de donde sacó el Padre Gomez aquel niño tan pequeñito?

La madre no respondió directamente. ¡Vamos, come y déjanos en paz con tus preguntas!

Antonio calló, pero á los pocos minutos volvió á decir:

—En el vagón no había nadie más que aquella señora que dijo que la dolía el estómago. El Padre debe de ser prestidigitador, como esos que hacen salir peceras de un pañuelo.

—¡Cállate y come! Dios ha sido quien ha enviado ese pequeñín.

—Pero... ¿pero por donde le metió Dios en el coche? ¡Yo no lo he visto! ¿Entró por la ventanilla, di?

Su mamá, cansada, replicó:

—¡Que chico más curioso! Te lo diré: vino debajo de una col, como todos los niños. Eso lo debías saber.

—¡Pero si no había ninguna col en el vagón, mamá! Entonces Manolo, que escuchaba todo con aire burlesco, dijo sonriendo:

—¡Si, hombre, si. Había una col. Pero nadie la ha visto más que el Padre Gomez!

GUY DE MAUPASSANT.

Entre Obispos

—A mí me ha gustado mucho tener siempre buenas hembras y he procurado cuidarlas como merecían ellas.

Ahora ya no; soy muy viejo y un prelado de la Iglesia parece mal que se ocupe de esas cosas, Padre Sierra.

Pues si no fuese por eso...

¡tendría media docena!

Pero, es claro ¿qué diría la gente si lo supiera?

Se burlarían los fieles de nosotros; á la fuerza; y los periódicos esos que hacen burla á las creencias nos pondrían en ridículo burlándose de la Iglesia.

—Esa es la cosa, Fray Pedro; hemos de tener paciencia, aunque tales expansiones nos gusten y nos diviertan.

Yo he sido hasta hacemuy poco entusiasta por las hembras

y tuve, cuando era chantre, una buena, ¡pero buena!

El que la tiene muy rica es el cura de Sigüenza.

Me la presto hace ya tiempo, me la llevé á una pradera y en menos de media hora eché tres, solo con ella.

—La que tuve yo en Asturias

era toda una real hembra;

tenía un color precioso

y estaba gorda de veras,

era alegre y vivaracha,

¡cantando había que verla!

Me hizo pesar buenos ratos

en el monte de Humaredas

y luego, al nombrarme Obispo,

se quedó un marqués con ella.

—Pues esa mía, que tuve

cuando estaba en Orihuela,

era excelente.

—Mi hermano,

que vendrá para las fiestas,

me dijo hablándole de esto

que iba á traerme una buena, pues aunque no puedo usarla... ¡por el gusto de tenerla!...

Mis pajes, serán acaso

los que se apr. vechen de ella

—Hará usted mal en dejársela,

por si acaso la estropean.

—Me importa poco; ya digo

que no he de usar esa hembra,

porque no me lo permite

mi dignidad, Padre Sierra.

Así siguieron hablando los dos padres de la Iglesia, contando las aventuras y encomiando las proezas que habían hecho en el tolo cada cual con su escopeta, al ir á cazar perdices durante la primavera, que es la estación apropiada para cazar con la hembra.

EMILIO DE MOTA.

Cabe la reja

Ya te he dicho, Ricardo, constantemente

que tienes un cariño

muy vehemente;

que desprecias, lascivo,

las ilusiones

y que estás dominado

por tus pasiones.

Si te he dicho mil veces

que eso es faltarme

¡á que tantos esfuerzos

para besarme?

Yo no soy un juguete

de tus placeres

y me estás demostrando

que no me quieres.

Yo no cedo en la vida.

¿Me has entendido?

¡Eso no se permite

más que al marido!

Además, rico mío,

que eso es muy feo

y un pecado muy grande,

según yo creo.

tu querrás que tu novia

sea decente

y no manche sus labios

indignamente.

¡Ay! ¡Mi novio pasado

si que era un chico!...

¡Nunca quiso faltarme!

¡Pobre Perico!

¡Ricardo, por la Virgen, estate quieto!

¡Si no quiero que nunca

logres tu objeto!

No cederé ni á buenas

ni por engaño...

¡Suéltame la cintura,

que me haces daño!

Si no quiero... no quiero...

¡Jesús, María!...

Mira que me sofocas...

¡Ay que agonía!...

¡Qué me haces mucho daño!

¡Jesús que fiera!

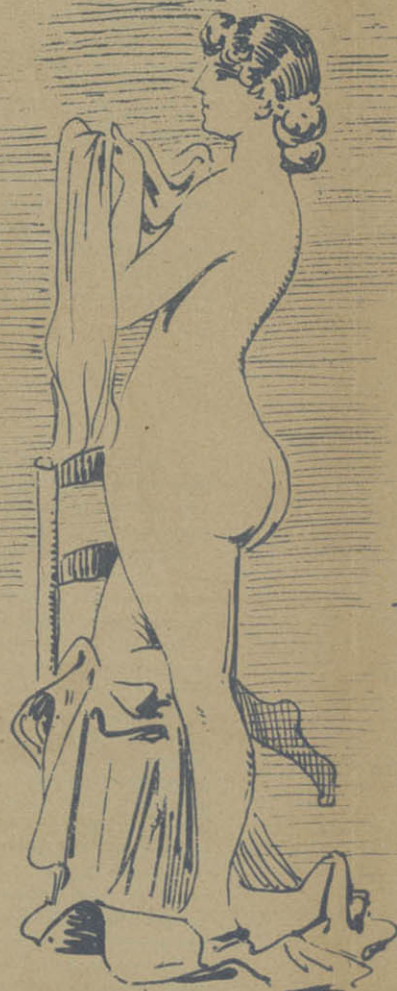
¡Perico me besaba

de otra manera!!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE.



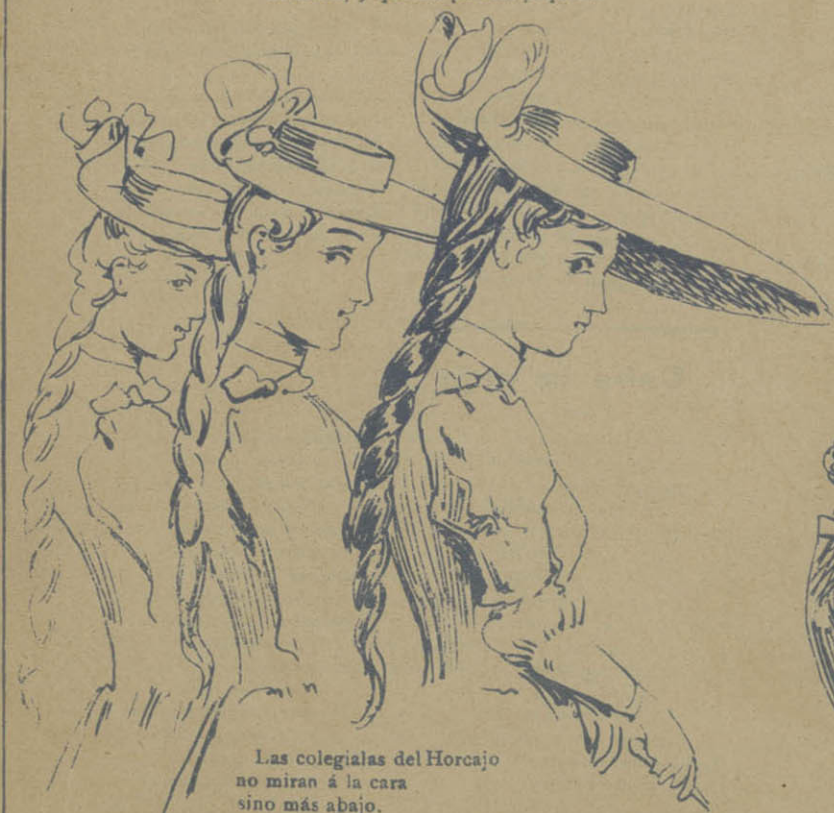
—Conque soñó usted que cayó á caballo sobre la torre Eiffel.
—Si señor; y que me parecía pequeña.



—La verdad es que no metiéndose una alguna cosa, no hace buen cuerpo.



Problema: calcular la resistencia de un madero de punta y de una mujer en esta posición.



Las colegialas del Horcajo no miran á la cara sino más abajo.



—Cuidado maestro, que estoy constipado.



—No encuentro postura que me guste para el cuadro.
—¿No es usted poco meticuloso!..
—Eso de meticuloso nunca, hija mia.



—No me atrevo; hace mucho calor.

Globulillos

Como dos buenos hermanos
llévanse Blas y Violante:

Blas se dedica á hacer plenos
y ella le ayuda bastante.

Pero la mujer de Blas
no muy bien se las arregla,
¡puesto que él pierde el compás
cuando ella está con la regla!

—
Será un contrasentido,
más es lo cierto
que al que tiene dos ojos ..

le llaman tuerto.

—
Novio de Asunción Malpica
fué el barón de la Castaña;
y, si el mundo no se engaña,
dio su apellido á la chica,
pues yo sé perfectamente
que ayer dió á luz Asunción,
no por obra de baron...
¡sino milagrosamente!

—
Anoche rifó Velasco
en la calle de Tudescos

dos cojines de damasco
y unos jarrones chinoscos.

Y en la calle de Jardines
lamentábase hoy Briones,
porque, en vez de los cojines,
¡le tocaron los jarrones!

—
Es una necesidad que no se explica
dar besos en la mano de una chica,
¡puesto que para el hombre es un ar-
[cano
saber de donde viene aquella mano!

DOMINGO DE RAMOS.

La lotería por irradiación

Le digo á usted, tío Antonio, es preciso probar es^o
de la radiación.

—Irradiación, animal, querrás decir.

—¿Irradiación animal? Pues bueno, como sea. á mi
me han dicho que pa el sorteo, no entran más que diez
números; desde el 1 hasta el 0, pero el intríngulis está
en la manera de convarlos.

—Pus eso es lo más fácil, porque vás y coges los
diez números, los metes en un sombrero, sacas cinco, y
conforme los vayas sacando, vás formando el número
que has de jugar poniendo el primero que saques á la
derecha y los otros á la izquierda.

—Eso, eso haré; con que si quiere usted algo, ésta
y yo nos vamos mañana á Madrid á comprar el billete.

—Pus que de salud sirva.

Después de este breve diálogo, Blas y Blasa prepara-
ron el borriquillo y emprendieron el camino de Madrid,
distante doce ó catorce horas del lugar donde pasaban
su triste vida, ganando apenas lo bastante para comer
ellos y el burro, pero más de lo necesario para jugar en
todos los sorteos de la lotería, á la que eran muy afi-
cionados.

Ya se creían poseedores del premio gordo, porque lo
que ellos decían:

—A alguien le ha de tocar; y ¿por qué no hemos de
acertar nosotros con la terminación y con el segundo
número, y con el tercero y así sucesivamente? De todos
modos, comprando diez décimos seguidos, ya tenemos
en ellos uno con la terminación del que ha de salir pre-
miado. ¡Quién sabe si los demás números serán tam-
bien los nuestros! ¡Arre burro!

En estas reflexiones entretenían agradablemente el
camino, cuando mediado el día llegaron á una venta
donde se detuvieron para tomar un tente en pié. Blas
ayudó á Blasa á bajar del burro, porque Blas era todo
un buen marido, que aunque no lo sabía, amaba tier-
namente á su mujer y entraron ambos á tres, ellos y el
burro, en aquella venta, muy semejante á la otra que
el hidalgo manchego imaginaba ser castillo.

No advirtieron, por su desgracia, que allá lejos, me-
dio ocultos por unos jarales, se hallaban varios hom-
bres de siniestra catadura que los observaron, fijando su
atención en el inocente borriquillo. Eran unos gitanos
que allí acampaban, y entretenían sus ocios, bien lian-
piando las caballerías que compraban por cinco duros...
falsos, para venderlas por cincuenta de ley, ó bien tras-
quilando, transformando y marcando las que podían
recoger *buenamente* de los infelices arrieros que por el

camino pasaban y que solían quedarse sin la cabalga-
dura, con un pié de paliza para recuerdo.

Metió Blas en la cuadra su pollino, y mientras des-
cansaban, volvieron al mismo tema de la lotería, ha-
ciendo otra fábula de la lechera, y preocupándose del
interés que podrían sacar al capital futuro que ya veían
como quien dice, en la mano.

Después tomaron un pisco-labis, y montando Blasa
otra vez el paciente jumento, salieron de la venta y em-
prendieron la caminata, yendo por su desgracia en di-
rección al aduar de los gitanos. ¡Ratoncillos inocentes
que daban de bruces en la ratonera!

De pronto, y cuando más agradablemente entreteni-
dos echaban sus cálculos sobre el destino que habían
de dar á los miles de duros que en breve iban á poseer,
se vieron rodeados por los gitanos, causando esto á
Blasa el susto consiguiente, que se tradujo por gritos y
chillidos ensordecedores, y por exclamaciones que el
buen lector puede figurarse. Hasta el burro manifestó
su alarma, rebuznando no sé si de gozo ó de sentimien-
to, al olor de los de su especie que había ocultos detrás
de los jarales.

Pero Blas era hombre de pelo en pecho. No se aco-
bardaba tan fácilmente; y si los gitanos querían algo,
su trabajo había de costarles.

Sin embargo, venció el número después de algunos
razonamientos contundentes, y no contentos los gitanos
con apropiarse el burro de Blas, y todo el dinero que
éste llevaba, decidieron dejarle indeleble recuerdo de
aquel día y de aquella aventura.

Y calentando uno de los hierros que usaban para
marcar las caballerías, y sujetando á Blas, le señalaron
en ambos lados del sitio en que la gente dice que todo
es carne, un número 13, á pesar de los lamentos de la
buena Blasa que á cierta distancia presenciaba horro-
rizada la operación.

¡Pobre Blas no tuvo más remedio, para salvar la pe-
lleja, que sufrir resignado aquella terrible prueba. Y
cómo se quejaba el misero, y cómo se reían los gita-
nos, y como se conformaba Blasa con que aquellas gen-
tes no hubiesen ido más allá en sus deseos de vengan-
za, limitándose á una operación que el día ménos pen-
sado podría identificar la personalidad de su marido,
haciendo constar aquella particularidad entre las señas
de la cédula personal!

Siguió por fin su camino el desventurado matrimo-
nio, renegando él, consolándole ella, y pensando am-
bos en lo triste de su situación, habiendo perdido el
borriquillo, y habiéndose quedado sin un cuarto para
jugar á la lotería.

Muchas veces las mujeres resuelven las cuestiones

con mejor tacto que los hombres, y en aquella ocasión Blasa tuvo un pensamiento luminoso.

—¿Quién sabe—dijo a su Blasa—si lo que nos ha ocurrido será nuestra suerte?

—Buena suerte nos dé Dios; calla, mujer, calla y no digas desatinos.

—No digo desatinos, Blas. Figúrate tú que te han señalado con el número 13.

—No, hija, no, con dos números treces.

—Pues a eso voy. Juntando los dos treces, nos dan precisamente el número que debemos jugar a la lotería. El 1313.

—Calla, pues tienes razón.

Y siguieron echando cálculos sobre aquel descubrimiento de Blasa, ya más conformes con el pasado contratiempo.

Llegaron a Madrid, y lo primero en que hubieron de pensar fué en que para comprar el billete de la lotería y para comer, necesitaban dinero, ya que los gitanos les habían quitado hasta el último maravedí.

Pero Blas no se apuraba por esto. Tenía en arriendo unas tierras, y el dueño de ellas era un buen señor que podía sacarlos del apuro.

Fué el desventurado matrimonio a su casa, y después de los cumplidos de ordenanza y de contarle al buen señor sus pesadas desventuras, le pidieron diez duros, con los cuales tenían bastante para todas sus necesidades.

Ya eran felices Blas y Blasa; tenían los doscientos reales y la seguridad de alcanzar el premio. Ya no pensaban en comprar la decena de billetes; la aventura del camino era para ellos un aviso de la Providencia; por fuerza el número premiado acabaría en 3; los dos treces así lo demostraban.

Lo difícil era dar con el billete que pretendían; el 1313. Si tenían la fortuna de encontrarlo, la suerte era segura.

Todo el día pasaron corriendo de administración en administración de loterías preguntando por ese número.

Por fin, ¡oh felicidad! cuando ya se desesperaban y se disponían a dar por terminadas sus pesquisas, y a cargar con cualquier número terminado en 3 ó en 13, la mano generosa de un vendedor ambulante les ofreció un décimo del número codiciado.

—Eh, buen hombre, un décimo; mañana se sortea. El mil trescientos trece; premio seguro.

Inútil es pintar la alegría con que el matrimonio escuchó la aguardentosa voz del vendedor, que hubiera semejado en aquella ocasión a sus oídos, a las dulces notas de Gayarre en *La Favorita*, si ellos hubiesen oído hablar de que había Gayarres en el mundo.

Y llegó el día siguiente la hora del sorteo, y no teniendo mejor ocupación, Blas y Blasa marcharon a presenciárselo.

Salió el primer número de la derecha. Era el 3. No se había engañado. Los gitanos merecían la bendición del cielo.

Salió el segundo. Era el 1. ¡Blasa bailaba de contenta! ¡Benditos aquellos hombres que a tan poca costa, sobre todo para ella, les habían dado la suerte!

Rodó por tercera vez el bombo, y el muchacho, encargado de la operación, cantó el número. ¡El cero! ¡Adios ilusiones!

Por cuarta vez se oyó la voz del chico. ¡El 3! Y enseguida cantó el número que faltaba para completar el premiado. ¡El 1!

De modo, que según el orden con que las cifras habían salido de los bombos, el premio mayor correspondía al número

13013

y Blas y Blasa llevaban el

01313

Blasa se mesó los cabellos, lloró, pateó y Blas tuvo que consolarla, fundándose en que terminando su número en 13, aún cobraba una cantidad regalar.

Pero Blasa no se conformaba, porque aseguraba que el no haber acertado el número, había sido un descuido suyo.

Y era verdad: en cada lado de aquel sitio en que, como dijo el otro, pierde la espalda su honesto nombre, tenía Blas marcado un número 13.

El billete que llevaban era el 01313.

La desgracia había consistido en que no se fijaron en la colocación del cero.

Efectivamente: el billete de Blas lo tenía a la izquierda.

Y los gitanos no habían mentado. Debieron Blas y Blasa buscar el cero en medio de los dos treces.

PEDRO DE SAXOFERRATO.

Chismes y cuentos

Causas ajenas a nuestra voluntad, nos han obligado a retrasar un día la publicación del presente número.

Rogamos a Vdes. nos dispensen esta falta que... vaya, no volverá a repetirse.



Al mercado, el otro día,
fué la sirvienta de Lengo
y un vendedor la decía:

—¡venga acá, pichona mía
mire usted que huevos tengo.



A los señores corresponsales que nos piden ejemplares de los números 2 y 4 (que están agotados) les rogamos que tengan un poco de paciencia. El trabajo que ocasiona siempre el número corriente es causa de que no reimprimamos dichos números con la prontitud que quisiéramos.

Así como esto es causa de que no mandemos los otros.

Por lo demás, en cuanto podamos complacerles escuso decir que lo haremos con el mayor gusto.

Y eso que la reimpresión dichosa, nos está dando a nosotros un gustito...



Silbaron al pobre Blas
su primera producción
y dándose a Barrabás,
a Inés, sencilla cual más,

dijo así, en tono llorón:

—Muy mal mi carrera empieza
Pues la pieza me silbaron...

—No te apures ¡qué simpleza!
Si ellos fea la encontraron

a mí me gusta tu pieza.

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje

PROPOSICIONES, POR TIO LOJO.



—Mira: casarnos no, que eso está *mú* mal visto;
pero lo que podemos hacer es una liga, como los
políticos, y enligarnos.

ANUNCIO

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO
DE

EL CHISME

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad. —Plaza de Santo Domingo

AGENCIA ALMODOBAR

Se recomienda por la prontitud, inteligencia y economía con que gestiona toda clase de asuntos jurídicos y administrativos.

EMBAJADORES 10. —MADRID

UNICO EXPENDEDOR

AL POR MAYOR

DE

EL CHISME

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Flores, frente a la calle del Hospital

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los martes y colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

NO ADMITE SUSCRIPCIONES

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. . . . 10 céntimos.

Id. atrasado. . . . 25

Redacción y Administración: Tallers, 48 bis, primero izquierda

HORAS DE DESPACHO

DE TRES A CINCO DE LA TARDE, TODOS LOS DIAS LABORABLES